

TRAVESÍA DE TRANSFORMACIÓN: MI CAMINO EN LA EDUCACIÓN

Fabiola Eleonora Muñoz Reyes ¹

Nací el 19 de mayo de 1981 en la vibrante ciudad de Veracruz, Ver., un lugar cuyas raíces y tradiciones han impregnado cada fibra de mi existencia. Soy hija de Roberto Muñoz Silva, oriundo de la hermosa Orizaba, y de Margarita Muñoz Reyes, proveniente del mismo Veracruz que me vio nacer. Mi vida se ha enriquecido al crecer en una familia numerosa y diversa, siendo la menor de siete hermanos. Mis hermanos mayores, Juana Margarita, Gloria Esther, Marco Antonio, Diego de Jesús y Luz Iris llevan el apellido Campos Reyes, una mezcla de los apellidos de nuestros padres que simboliza la unión de nuestras historias familiares. Sin embargo, Vanessa Monserrat, mi hermana gemela, y yo compartimos un lazo aún más especial, ya que ambas llevamos el apellido Muñoz Reyes. Esta distinción en nuestros apellidos no hace sino resaltar la riqueza de nuestro legado familiar. Crecer en esta gran familia, entre la unión y la diversidad de Veracruz, me ha enseñado el valor de la unidad, la riqueza de nuestras diferencias y el profundo amor que nos une.

Desde mi infancia, siempre fui conocida por mi alegría, mi tendencia a reír y mi extroversión, cualidades que definitivamente influenciaron mi interacción con el entorno. La mayoría de mis juegos consistían en dar clases, revisar documentos y organizar biografías, entre otras actividades similares. Afirmaba querer ser maestra, aunque no estoy segura de decirlo con plena conciencia o simplemente por decir algo.

¹ Docente de telesecundaria con funciones de ATP y Doctorante en Educación del CEVECP

Toda mi formación académica, desde el preescolar hasta la maestría, transcurrió en el Puerto de Veracruz, un escenario que no solo me brindó conocimientos, sino también una vasta gama de experiencias que moldearon mi carácter y mi visión de la vida. Desde los primeros pasos fuera del umbral del bachillerato, la vida me había preparado un camino repleto de desafíos y enseñanzas valiosas. La determinación y la persistencia se convirtieron en mis compañeras fieles cuando, al no quedar en la Universidad Veracruzana en la carrera de Pedagogía, opté por una ruta alternativa que me llevaría a realizar mi sueño de contribuir a la educación. Con el apoyo inquebrantable de mi abuelita (vivía en esa época con ella), encontré mi camino en la “Normal Superior para Cursos Intensivos en Veracruz”, donde me embarqué en la aventura de formarme como Licenciada en Educación Secundaria con especialidad en Historia.

El viaje no fue fácil. Las mañanas eran maratones de trabajo para financiar mis estudios de tarde. Entre la venta de dulces a mis compañeros y zapatos, cada día era una carrera contra el tiempo, un desafío que abordaba con fervor y dedicación. A pesar de las dificultades, siempre mantuve buenas calificaciones, aunque el agotamiento del último año amenazó con desviar mi curso. La determinación de graduarme y cumplir mi vocación de ser maestra, junto con el deseo de hacer feliz a mi madre y abuelita, me mantuvieron firme en mi camino y pude graduarme. De entre siete hermanos, fui la primera en obtener un título universitario, un logro no solo personal sino familiar. Ver la alegría y el orgullo en los ojos de ellas, quienes deseaban compartir esta noticia con el mundo, fue uno de los momentos más gratificantes de mi vida. Su felicidad era un reflejo del esfuerzo, sacrificio y apoyo de toda mi familia, y me reafirmó en la creencia de que todos los desafíos y obstáculos enfrentados valían la pena.

Conseguir una plaza como docente representó el siguiente gran desafío. Sin conexiones familiares en la educación ni medios económicos para influir en mi destino, dependía únicamente de mi esfuerzo y la fe en un sistema que a menudo parecía inalcanzable. Sin embargo, la perseverancia y un golpe de suerte me llevaron a

obtener una oportunidad como maestra de un kínder particular y aunque no se alineaba perfectamente con mi perfil, me abrió las puertas a la experiencia docente. Esta etapa inicial me enseñó sobre la adaptabilidad y el valor de aceptar oportunidades, incluso cuando no se ajustan exactamente a nuestros planes.

Después de dos años, decidí renunciar a mi puesto en el kínder porque no era realmente lo mío y decidí aplicar en la empresa Yakult como Auxiliar Administrativo en busca de un mejor salario. Fue en este contexto donde proclamé antes mis jefes con fe que solo dejaría mi puesto en Yakult si el gobierno me «regalaba» una plaza de telesecundaria, un evento que veía como altamente improbable dada la naturaleza competitiva y las dificultades inherentes al sistema. Esta declaración no era meramente una expresión de deseo, sino un testimonio de mi fe y resiliencia, un reconocimiento de que, a pesar de los obstáculos, me mantenía firme en mi propósito de servir como educadora.

El momento de inflexión llegó cuando, animada por una amiga y con el apoyo de mi familia, decidí participar en la convocatoria del gobierno para plazas docentes. A pesar de mis reservas y escepticismo sobre el proceso, me embarqué en esta etapa con la determinación que había caracterizado mi recorrido. La inscripción, llena de ansiedad y contratiempos técnicos, y el viaje hacia el examen, marcado por la incertidumbre y la prisa, fueron solo el preludio de la prueba más significativa de mi fe y esfuerzo.

Al ver mi nombre entre los seleccionados, se confirmó mi creencia y la declaración audaz que había hecho: el gobierno, en efecto, me «regaló» una plaza de telesecundaria. Sin embargo, lejos de ser un regalo no merecido, este logro fue el fruto de mi persistencia, dedicación y las habilidades y capacidades que había desarrollado a lo largo de los años. Este marco no solo simbolizaba un triunfo personal sino también la materialización de mi sueño de contribuir significativamente a la educación.

Mi primera asignación se dio en enero del 2008, en el Valle de Uxpanapa, un lugar remoto y desprovisto de lujos modernos

como el internet, pero rico en calidez humana y solidaridad, marcó el comienzo de mi verdadera formación como educadora. La escuela era la Telesecundaria “Gustavo Díaz Ordaz” ubicada en la comunidad de La Horqueta. Esta fue una de las etapas más formativas y reveladoras de mi carrera. Al llegar, me encontré con un ambiente que, aunque carecía de ciertas comodidades, estaba lleno de calidez humana y solidaridad comunitaria. La bienvenida que recibí fue algo que jamás olvidaré.

La comunidad, consciente de que llegaba sin sueldo debido a los retrasos burocráticos habituales en esos años, se organizó para asegurar que no me faltara alimento. Los padres de familia, en asamblea, decidieron turnarse para proporcionarme desayuno, comida y cena. Recuerdo mi primer desayuno con especial cariño: un humilde pero delicioso plato de frijoles de la olla, tortillas y un trozo de queso. Buscando algo más sustancioso y no encontrándolo, inicialmente sentí frustración, pero al probar aquellos frijoles, experimenté uno de los sabores más exquisitos de mi vida. En ese momento, mi corazón se llenó de gratitud y pedí perdón internamente por mi inicial ingratitud, dándome cuenta de que esos padres me estaban ofreciendo lo mejor que tenían. Esta experiencia me enseñó sobre la humildad, la gratitud y el valor inmenso de la comunidad.

Al inicio de mi jornada en la comunidad de La Horqueta, mi enfoque pedagógico estaba en gran medida moldeado por las tradiciones y los modelos educativos que tanto había experimentado en mi formación estudiantil. En esos días, mi enseñanza se inclinaba más hacia métodos convencionales, en los que el maestro desempeñaba el rol central en el aula, dirigiendo el aprendizaje y proporcionando el conocimiento desde una posición de autoridad.

Esta aproximación inicial estaba marcada por un énfasis en la memorización y la reproducción de información, con una estructura de clases que priorizaba la transmisión de contenidos académicos sobre la participación activa de los estudiantes. En este contexto, las evaluaciones se basaban principalmente en pruebas escritas que medían la capacidad de los estudiantes para recordar y recitar

lo que se había enseñado, más que su comprensión profunda de los temas o su capacidad para aplicar el conocimiento de manera crítica.

A pesar de seguir estos métodos tradicionales al principio, rápidamente comencé a observar las limitaciones de un enfoque tan unidireccional y la necesidad de adaptar mi enseñanza a las realidades y necesidades específicas de mis estudiantes. Me di cuenta de que, para hacer una diferencia significativa en su aprendizaje y desarrollo, necesitaba ir más allá de los esquemas establecidos y explorar estrategias pedagógicas que fomentaran un aprendizaje más activo, crítico y significativo.

Este reconocimiento marcó el comienzo de un proceso de transformación en mi práctica docente. Comencé a incorporar métodos que promovían la participación de los estudiantes, el trabajo en equipo, y el desarrollo de habilidades y resolución de problemas. Mi enfoque se desplazó hacia una educación más holística, que no solo buscaba el éxito académico, sino también el crecimiento personal y social de cada estudiante.

Es importante señalar que, en este entorno, me enfrenté a la tarea monumental de no solo educar en términos académicos sino también de contribuir positivamente al desarrollo personal y social de mis alumnos. Uno de los retos más significativos fue el machismo arraigado y la prevalencia del embarazo adolescente, fenómenos que requerían una intervención cuidadosa y considerada.

Para abordar estos desafíos, como bien lo señalé antes, me alejé de los esquemas tradicionales de enseñanza, que a menudo se centran exclusivamente en la transmisión de conocimiento académico, y adopté un enfoque más integral y humanista. Esto significó no solo enseñar historia o ciencias, sino también fomentar un espacio de diálogo y reflexión sobre temas de género, respeto mutuo y toma de decisiones responsables. A través de talleres, pláticas y actividades que promovían la igualdad y el empoderamiento, buscaba inspirar a mis estudiantes a cuestionar las normas sociales dañinas y a imaginar un futuro diferente para sí mismos.

No obstante, este cambio de paradigma no estuvo exento de dificultades. La resistencia por parte de algunos miembros de la comunidad educativa, incluidos colegas y, en ocasiones, padres de familia, fue un obstáculo constante. La tradición y la costumbre pueden ser fuerzas poderosas y cambiar perspectivas arraigadas requiere tiempo y paciencia. A pesar de estos retos, mantuve firme mi compromiso con una educación que no solo informa, sino que transforma.

Recuerdo muy bien que organizar la graduación de mis alumnos en la escuela fue uno de los retos más emocionantes y satisfactorios que enfrenté. A pesar de la resistencia inicial del director, ya que él era apático para estas actividades, perseveré con el apoyo inquebrantable de los padres, especialmente de «Don Joaquín», el presidente de la sociedad de padres, quien creyó en mi visión y no me dejó sola en este empeño. La celebración fue un éxito rotundo, marcando no solo un hito académico para los graduados, sino también un momento de unión y orgullo comunitario. Con mesas decoradas, flores, bebidas para el brindis, bailables, vals y, finalmente, un baile, dimos vida a una ceremonia inolvidable que reflejaba el espíritu de colaboración y cariño que habíamos fomentado juntos.

En diciembre de 2009, mi camino como docente me llevó a una nueva comunidad llamada Suchilapan, donde me integré a la Escuela «Ignacio Zaragoza». Esta etapa se convirtió, sin duda, en la cúspide de mi carrera docente, marcando cuatro años de experiencias inolvidables y aprendizajes significativos.

En Suchilapan, tuve el privilegio de guiar a un grupo extraordinario de estudiantes durante tres ciclos escolares. Juntos, construimos una relación basada en el trabajo en equipo, la complicidad, el apoyo mutuo y, sobre todo, un profundo cariño. Esta conexión única nos permitió alcanzar un nivel de excelencia en todas nuestras actividades, tanto académicas como extracurriculares. Nuestra dedicación era tal que, si era necesario volver a la escuela para clases de refuerzo por la tarde o asistir a ensayos los sábados, lo hacíamos sin dudar. Siempre estábamos dispuestos a ir más allá por el bienestar y el progreso del grupo y de la escuela.

En esta comunidad, mi práctica docente evolucionó significativamente. Me alejé aún más de los castigos y métodos tradicionales que había conocido como estudiante y, en cambio, adopté un enfoque más colaborativo, buscando siempre construir un ambiente de aprendizaje donde cada estudiante se sintiera valorado, escuchado y motivado a explorar su potencial. La complicidad y el apoyo mutuo entre nosotros permitieron que trabajáramos juntos excepcionalmente bien, creando una atmósfera de aprendizaje dinámica y positiva que iba más allá del aula.

Mi integración en la vida de la comunidad fue total. Doña Queta, la dueña de la casa donde viví, me acogió como si fuera una hija más. Me convertí en hermana de su hija Lucy, quien ahora es mi comadre, y fui madrina de Emireth, su nieta, a quien aconsejé y regañé cuando fue necesario. Hoy, me llena de orgullo saber que Emireth es una exitosa maestra de Telesecundaria, al igual que yo. Además, llegué a conocer a casi todo el pueblo, participando activamente en sus festividades, cumpleaños y cualquier celebración a la que mis alumnos me invitaran. Esta cercanía me granjeó un lugar especial en el corazón de la comunidad; cada año, me sorprendían con fiestas y serenatas que reafirmaban el cariño y respeto mutuo que habíamos cultivado.

Sin embargo, este idílico escenario enfrentó cambios con el tiempo. La partida de algunas compañeras alteró la dinámica del equipo docente, recordándome la importancia vital de construir y mantener lazos de compañerismo. En Suchilapan aprendí que más allá de la enseñanza, la construcción de una comunidad educativa unida y comprometida es fundamental para el éxito escolar. Estos años marcaron el pico de mi carrera, no solo por los logros académicos, sino por el impacto duradero que tuvimos en la vida de cada uno, forjando lazos que trascienden el tiempo y el espacio, una verdadera hermandad en el corazón de la escuela.

Pero como todo docente foráneo, siempre había soñado con regresar a mi lugar de origen. Sin embargo, cada vez que iba a presentar una solicitud de cambio a mi sindicato, me decían que nunca llegaría directamente al Puerto de Veracruz; primero

tendría que aceptar lugares aledaños. Mi respuesta siempre era que yo no debía seguir «rancheando» después de muchos años en la comunidad. Algunas personas me sugerían que debía estar siempre cerca de los líderes y hacerles favores para que me notaran y así cambiarme a donde yo quisiera, a lo cual yo respondía que no me gustaba andar “lamiendo pies” y que tenía derechos como trabajadora.

Todo cambió en diciembre de 2013, cuando un querido amigo, el maestro «Nino», quien era el secretario general de nuestra delegación, me llamó por teléfono y me dijo: «Güerita, hay una opción de cambio para ti en Ángel R. Cabada, pero debes responder ya». Yo no sabía dónde quedaba ese lugar, así que le pedí cinco minutos para devolverle la llamada porque necesitaba consultarlo con mi mamá. En ese momento, un tío que escuchó la conversación comentó que Ángel R. Cabada era un lugar muy violento, conocido por las constantes balaceras que salían en las noticias, lo que inicialmente me desmotivó.

Le comuniqué mi decisión a Nino: «Amigo, no me voy». Él me respondió que era la última oportunidad que tenía para ayudarme, ya que pronto terminaría su período en ese puesto. -»Piénsalo», insistió. Acepté a regañadientes y colgué, pero cinco minutos después lo llamé para decirle que, después de todo, no quería el cambio. -»Te doy hasta mañana a las 8 de la mañana para que lo pienses. Estaré en el sindicato; es tu última oportunidad», me dijo. Esa noche no pude dormir y al amanecer, con el corazón latiendo a mil por hora y rogando a Dios que me guiara, le marqué y acepté el cambio. Y es así como, tras los años enriquecedores en Suchilapan, mi trayectoria me llevó a un nuevo destino en febrero del 2014: Ángel R. Cabada. Este cambio marcó el inicio de un capítulo distinto en mi vida profesional, enfrentándome a realidades y desafíos nunca vistos. A pesar de mis deseos iniciales de trasladarme a Veracruz Puerto, el destino me tenía reservado este lugar, aquí encontré el amor, quien también es maestro, con el cual comparto mi pasión por enseñar y que incondicionalmente me apoya y motiva en cada proyecto que emprendo. También he conocido personas maravillosas que me han brindado su amistad y que hoy considero

parte de mi familia. Con el tiempo este lugar se convirtió en mi hogar y en el escenario de un significativo crecimiento personal y profesional. Con esto reafirmo mi creencia de que los planes de Dios son Perfectos y siempre son planes de bien.

Al llegar a la zona escolar me asignaron la escuela “Alfonso Arroyo Flores”, ahí me encontré con estudiantes que, a pesar de su juventud, mostraban una madurez precoz en temas de sexualidad y adicciones, reflejo de las distintas realidades sociales que enfrentaban. Este contexto me exigió adaptar mi enseñanza y orientación, abordando sus inquietudes y guiándolos con empatía y dedicación. Fue un reto que asumí con la convicción de que cada estudiante merece una educación que lo prepare para la vida, no solo en lo académico, sino también en lo personal y social.

Un nuevo desafío y cambio en mi enfoque docente, se dio durante el COVID-19, ya que enfrenté numerosos retos, incluyendo la escasez de recursos, la diversidad de necesidades de los estudiantes, y la urgencia de adaptarme a metodologías educativas innovadoras. La pandemia aceleró este proceso, obligándome a abandonar temporalmente el aula física y a embarcarme en la enseñanza a distancia, una modalidad completamente nueva para mí y mis estudiantes.

Inicialmente, la transición a la enseñanza en línea fue abrumadora. La falta de acceso a tecnología y conectividad en mi comunidad planteó un gran desafío tanto para los estudiantes como para mí. Sin embargo, este obstáculo me impulsó a explorar métodos de enseñanza creativos y flexibles, como paquetes de aprendizaje impresos y lecciones transmitidas a través de radios locales, o la televisión, asegurando que la educación continuará a pesar de las circunstancias.

La Zona 23 de Telesecundarias perteneciente a Ángel R. Cabada, se reveló como una bendición inesperada. La comunidad educativa reconoció mi potencial y me brindó oportunidades para liderar Consejos Técnicos Pedagógicos e impartir cursos desde el principio de mi estancia. Este reconocimiento y la confianza depositada

en mí por mi supervisora escolar, la profesora María del Carmen Viveros Ortega, me impulsó a salir de mi zona de confort y a asumir responsabilidades que enriquecieron mi desarrollo profesional. Contrario a quienes veían mi dedicación adicional como un esfuerzo no recompensado, siempre supe que el verdadero valor de mi trabajo se mediría con el tiempo y el impacto positivo en mis alumnos y en la comunidad.

Hoy, después de 16 años de servicio, llevo la responsabilidad de apoyar los trabajos técnico-pedagógicos de la zona escolar, una tarea que me llena de orgullo, pero también me exige un equilibrio entre mi desarrollo profesional, mi formación continua (incluyendo un doctorado) y mi vida personal. Aunque este equilibrio resulta agotador, es también lo que me motiva a seguir creciendo y aprendiendo cada día.

En Ángel R. Cabada, descubrí el lugar donde mi aportación a la vida de los estudiantes y a la comunidad educativa realmente marca una diferencia. Este recorrido me confirma constantemente que, pese a los obstáculos, la educación es un recurso precioso capaz de transformar individuos y sociedades. Hasta la fecha, numerosos exalumnos se han puesto en contacto para expresar su gratitud, reconociendo cómo mi insistencia en que se esfuercen al máximo y persigan sus sueños ha marcado una diferencia significativa en sus vidas. Me enorgullece decir que la mayoría son ciudadanos ejemplares; muchos han proseguido estudios universitarios y han logrado insertarse con éxito en el ámbito laboral, desempeñándose como docentes, ingenieros, abogados, entre otros. Creo firmemente que, a través de estos esfuerzos, he contribuido modestamente a la construcción de un mundo mejor.

Reflexionando sobre mi viaje, me doy cuenta de que mi evolución como educadora ha sido radical. He pasado de una enseñanza basada en métodos convencionales a adoptar un enfoque más integral, humanista y adaptativo, siempre con el objetivo de satisfacer las necesidades y realidades de mis estudiantes. La transformación más significativa en mi práctica docente ha sido la transición de un rol autoritario a uno más colaborativo y empático,

donde el aprendizaje se construye en conjunto, y cada estudiante es visto como un individuo único con sus propios sueños, desafíos y capacidades.

Mis experiencias me han enseñado que la educación es mucho más que impartir conocimientos académicos; es sobre forjar carácter, alimentar sueños y preparar a los jóvenes para enfrentar la vida con confianza, respeto y una comprensión profunda de su papel en la sociedad. He aprendido que ser educadora significa ser un faro de esperanza, un guía que no solo ilumina el camino académico de los estudiantes, sino que también les enseña a navegar los mares tumultuosos de la vida con gracia y determinación.

La resistencia encontrada, ya sea en forma de desafíos institucionales, barreras culturales o limitaciones personales, nunca ha mermado mi convicción en el poder transformador de la educación. Cada obstáculo superado ha reforzado mi compromiso con mi vocación y ha profundizado mi comprensión de que educar desde la complejidad implica reconocer y valorar las múltiples dimensiones de la experiencia humana.

En resumen, mi viaje en la educación ha sido una travesía de transformación, no solo para mí como individuo sino también para las numerosas vidas que he tenido el honor de tocar. Ha sido un camino lleno de alegrías, desafíos, despedidas y reencuentros, todos los cuales han tejido el rico tapiz de mi carrera docente. A medida que miro hacia el futuro, lo hago con la firme convicción de que la educación es el vehículo más poderoso para el cambio social y personal, y me siento profundamente agradecida por cada momento de este viaje extraordinario. La educación, en su esencia más pura, es una travesía de corazón a corazón, y es en este viaje donde he encontrado mi verdadera vocación y propósito.